

## PUERTO MISTERIOSO

TAL VEZ HAS ESTADO EN PUERTO MISTERIOSO sin saberlo siquiera.

Debió ser en el verano cuando viniste. Había helados y sillas de playa y una gaviota que picoteaba tus papitas. Probablemente te pusiste a merodear entre los charcos que forman las rocas acompañado de tu mamá, mientras tu papá buscaba una concha marina especial. ¿Te acuerdas? Y te apuesto a que al subirte al coche, cuando ibas de regreso a casa, levantaste la mirada y leíste, sobre el embarcadero, las palabras *Puerto Alegre* escritas con letras de foquitos, y te dispusiste a olvidar todo lo que hiciste ese día junto al mar.

Es ese tipo de lugar.

En el verano.

Pero deberías tratar de venir cuando llegan las primeras tormentas de invierno y entonces las letras que forman la palabra “Alegre” se transforman con las nevadas, como ocurre cada noviembre. Cuando la niebla marina se dispersa por las calles como tentáculos enormes y una brisa de agua de mar golpetea en las ventanas del Hotel Gran Nautilus. Muy poca gente visita el hotel en esa temporada. Hasta los que viven en la zona se alejan de la playa cuando oscurece y el viento aúlla entre Las Fauces de Roca y los restos del acorazado *Leviatán*, donde aún hoy algunos juran haber visto arrastrarse a la pegajosa malamandra.

Aunque seguramente tú no crees en la malamandra. Piensas que un ser mitad humano y mitad pez no puede ser real. Y está bien. Quédate con tu helado y tus sillas de playa. De todas maneras, este relato quizá no sea para ti. Es más, hazte un favor y deja de leer en este momento: cierra este libro y guárdalo en una vieja lata; amárrala con una cadena pesada y arrójala por el muelle. Olvida que alguna vez oíste hablar de Puerto Misterioso. Regresa a tu vida normal: crece, cástate y forma una familia. Y cuando tus hijos ya caminen, también llévatelos a dar una vuelta por la playa. En verano, desde luego. Den un

paseo y busca una concha marina para ti. Agáchate a recogerla, entonces, notarás que está pegada a algo...

Está pegada a una lata vieja.

Le han arrancado el candado y ya no tiene cadena. ¿Puede hacer eso el mar? Destapas la lata y encuentras...

... que está vacía.

Nada salvo lapas y algas marinas y algo más. Algo como... ¿limo?

Escuchas un sonido detrás de ti; un sonido como de pisadas que se acercan. Como de pisadas resbalosas y pegajosas *que se acercan*.

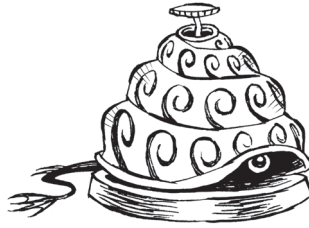
Te das vuelta.

¿Qué ves?

¿De verdad?

Bueno, después de todo, quizás este relato sí sea para ti.





## EL HOTEL GRAN NAUTILUS

POR CIERTO, ME LLAMO HERBERT LEMON, pero casi todos me dicen Herbie. Soy el Encargado de los Objetos Perdidos del Hotel Gran Nautilus, como puedes ver en mi gorra. Alguien me dijo alguna vez que la mayoría de los hoteles no tienen a un encargado de objetos perdidos, pero eso no puede ser. ¿Qué hacen con todo lo que se pierde? ¿Y cómo recuperan sus cosas las personas que han perdido algo?

Supongo que soy algo joven para un trabajo tan importante, pero la propia Lady Kraken, la dueña del hotel, me dio este puesto. Ni siquiera el señor Molusco, el gerente del hotel, pudo evitarlo. Le gustaría, sin duda, porque odia todo aquello del hotel que no esté relacionado con

hacer dinero. Si él se saliera con la suya, la Oficina de los Objetos Perdidos ya habría cerrado desde el momento en que a él lo ascendieron a gerente, y mi pequeño cubículo en el vestíbulo de la recepción ya estaría tapiado para siempre. Y si eso hubiera ocurrido, nunca habría conocido a la niña.

La niña que llegó casi arrastrándose hasta mi ventana.

La niña que me dijo:

—¡Escóndeme!



—¡Escóndeme!

La veo de arriba abajo; bueno, más de la parte de arriba porque se queda atorada con el seguro de la ventana, y es que las ventanas del sótano están cerca del techo. Si es una ladrona, no es muy buena que digamos.

—¡Por favor!

La ayudo a zafarse, aunque eso implica que por poco me aplaste cuando caiga hacia dentro. Está nevando, así que también un montón de invierno entra por la ventana.

Nos ponemos de pie y quedo frente a ella: una niña que viste un suéter muy desgastado y un gorro hecho de lana con una borla por el que se asoma una masa de cabello chino. Parece que está a punto de hablar, pero

se calla en el momento en que escucha unas voces, cada vez más fuertes, en la parte de arriba; unas fuertes voces que se acercan cada vez más. La niña abre los ojos con mucho temor.

—¡Métete aquí! —le digo en un susurro y la acerco a un baúl enorme que ha estado en la Oficina de los Objetos Perdidos desde hace décadas, sin nadie que lo reclame. Antes de que pueda decirme algo, la meto en el baúl y cierro la tapa.

Entonces las voces ya se escuchan en mi cubículo: la voz aduladora y chillona del señor Molusco cada vez que debe tratar con alguien difícil. Tomo algunas maletas, paraguas y cosas, y las dejo encima del baúl con la esperanza de que parezca que todo eso lleva años ahí. Y entonces el timbre del mostrador, el que la gente toca cuando quiere mi atención, comienza a sonar *ting-ting-ting* como loco. Me enderezó la gorra, subo corriendo las escaleras hasta mi cubículo y pongo mi cara de ¿en-qué-puedo-ayudarle?, como si no hubiera pasado nada extraño.

La primera persona que veo es el señor Molusco, quien intenta aplacarse el cabello sobre la calva.

—Estoy seguro de que es un malentendido —dice resoplando—. Si me permite investigar...

La otra persona con quien está hablando no se parece a nadie que yo haya visto jamás; es un hombre que trae un largo abrigo de mariner color negro, empapado. Sobresale del escritorio como un monolito con joroba; su cara parece un peñasco sombrío, y sus ojos se ocultan debajo de la visera de una gorra de capitán casi deshecha. Golpea el timbre con un dedo tan firme como si lo estuviera apuñalando con un cuchillo. Se detiene cuando llego y se inclina aún más, cubriéndome con su sombra.

—¿Dónde? —dice con una voz que suena como cuando chocas dos piedras de granito mojadas—. La niña. ¿Dónde?

—Ejem... —carraspeo, mientras preparo mi voz más elegante, la que el señor Molusco espera que utilice con los huéspedes—. ¿A qué persona se refiere, señor?

La boca del hombre, que tiene forma de una ancha “V” invertida en esa barba amarillenta y empapada, se abre con un silbido. Veo que tiene algas marinas en la barba y también en los botones opacos de latón. Huele como cuando algo malo está por suceder.

—¿DÓNDE?

Trago saliva. Bueno, no puedo ayudarlo, ¿o sí? Tan sólo soy el Encargado de los Objetos Perdidos. No estoy preparado para esto.

—Mi estimado señor —se escucha la voz del señor Molusco—, estoy seguro de que podemos arreglar este asunto. ¿Qué fue exactamente lo que perdió?

El hombre se aleja un poco de mi pequeño cubículo y se le acerca, imponente, al señor Molusco. Saca la mano derecha del abrigo, que hasta ese momento había permanecido escondida. El señor Molusco se hace para atrás en cuanto ve que donde debería estar la mano de aquel hombre hay un gran garfio de hierro con la punta afilada y brillante.

—La niña —dice el hombre.

Algo que le reconozco al viejo Molusco es que sabe elegir sus batallas. En este caso, como no hay manera de que pueda derrotar a este intruso descomunal, decide unirse a su causa. Me voltea a ver.

—¡Herbert Lemon! ¿Tienes a una niña escondida ahí?

Ahora las siluetas de *ambos* se alzan sobre mí.

Niego con la cabeza. Mi cara de ¿en-qué-puedo-ayudarle? se disuelve, así que en su lugar pongo cara de inocente.

—No —digo y me sale la voz chillona; me choca cuando me pasa eso—. No hay ninguna niña escondida aquí. Ninguna.



Y justo en ese momento se escucha un golpe sordo en el sótano, detrás de mí. Suena exactamente como si alguien escondido dentro de un baúl se hubiera movido para acomodarse.

Ups.

El marinero barbudo abre la boca en señal de triunfo y sus ojos brillan debajo de su gorra. Abre de un jalón la puerta de mi cubículo y me empuja contra la pared mientras se abre paso. Baja las escaleras, por las que apenas cabe, y llena el túnel con su cuerpo; encorva la espalda aún más a medida que el techo se hace cada vez más bajo.

Me apresuro a ir detrás de él. No lo hago por valentía, por cierto, sino porque simplemente no sé qué hacer.

El marinero está de pie en el centro de la habitación, ocupando todo el espacio. Veo que mira la mancha de nieve derretida debajo de la ventana del sótano. Veo que sigue con la mirada las huellas que se dirigen justo hacia el baúl. Las bolsas y los paraguas que le había puesto encima ya se cayeron. Muy bien podría haber ahí un letrero que dijera: ¡YUUUUU! ¡LA NIÑA ESTÁ AQUÍ ADENTRO!

El señor Molusco baja rápido las escaleras para unirse a la comitiva, alcanza a ver todo esto, y se pone rojo del coraje.

—¡Herbert Lemon! ¡Debería de...!

Pero no alcanzo a escuchar qué debería de hacer, porque a continuación el marinero-que-tiene-un-garfio-en-lugar-de-mano levanta el brazo y lo baja para dar un golpe tremendo, y su garfio se entierra en la tapa del baúl. Lo arranca y vuelve a golpear una y otra vez. La tapa se rompe y se hunde con cada golpe y sale volando una lluvia de astillas de madera. El baúl comienza a desintegrarse. El hombre se vale de su mano buena para quitar lo que queda y mostrar que adentro...

¡... no había nada!

Bueno, no exactamente. Hay una araña muy sorprendida entre los restos. Y un gorro de lana con una borla. Veo cómo la araña sale disparada y a mí me gustaría poder hacer lo mismo. Ahora lo único que queda a la vista es el gorro. Sin ninguna duda se trata del gorro que traía puesto la niña. Pero de ella no hay ni rastro.

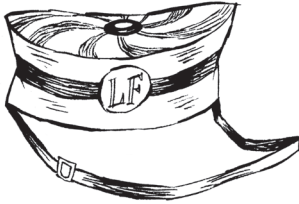
Con un movimiento lento y calculado, el Hombre del garfio ensarta el sombrero y voltea hacia mí mostrándomelo; su cara es como un nubarrón. De algún modo encuentro la valentía para que mi voz no salga chillona mientras estiro la mano y con mucho cuidado tomo el gorro.

—Es sólo un objeto extraviado —digo—. Me lo entregaron, mmm, esta mañana. Aún n-no he tenido oportunidad de etiquetarlo. Eso es todo.

Por un momento permanecemos en silencio. Entonces el Hombre del garfio rugie; un bramido de furia sin palabras. Comienza a revolver mi sótano de arriba abajo, barre todo con sus enormes brazos de un lado a otro. Me caigo en las escaleras mientras las bolsas, los abrigos, los sombreros y todas-las-cosas-y-chunches-perdidos de todo tipo, incluyendo algunos que no habían sido removidos desde hace un siglo, salen volando mientras el hombre enloquece intentando encontrar a la niña. Pero no encuentra a nadie.

Ella ya no está.





## VIOLETA PARMA

HAN PASADO ALGUNAS HORAS Y EL HOMBRE del garfio se ha ido. También se ha ido el señor Mollusco, pero no sin decir:

—Sólo espera a que Lady Kraken se entere de esto.

Recojo del piso una pieza de los escombros; es un pedazo del baúl. Voy a extrañar ese viejo baúl; ha estado aquí desde que tengo memoria. Probablemente nadie va a regresar a reclamarlo, pero de todas maneras detesto que las cosas se pierdan para siempre de esa forma.

—¿Hola? —digo, tan fuerte como me atrevo en ese momento, mientras echo un vistazo—. ¿Estás ahí?

Silencio.

Me abro paso hacia la ventana. Debería cerrarla. Hace mucho frío, pero decido dejarla emparejada. En lugar de la nieve, afuera hay una niebla marina que sube y brilla al pasar por la ventana en forma de volutas. Como fantasmas.

Se ha ido, ha desaparecido, y ¿quién podría culparla? Pero pongo el gorro sobre el pretil de la ventana desde donde pueda verse, por si acaso.

Comienzo a ordenar, pero es un asunto sombrío ver todas las pobres cosas perdidas aventadas por todas partes, y pronto termino por desplomarme, malhumorado, sobre mi sillón. De todas maneras ya es muy tarde para poder ordenar como se debe. Veo la ventanita de mi calentador de leña y observo que mi primer leño flamea tranquilamente. Parte del acuerdo de ser el Encargado de los Objetos Perdidos es que tengo mi propio calentador y unos cuantos leños cada día. El señor Molusco odia esto, por supuesto, pero tiene que aguantarse porque así era cuando Lady Kraken compró el hotel y así siempre será, supongo. Dice que es para asegurarse de que las cosas perdidas estén siempre secas y listas para que alguien las recoja, en tan buen estado como cuando las encontraron. Y eso significa que en el invierno yo estoy bastante calentito aquí, y el fuego en la ventanita es alegre, relajante y...

—¿Vas a dormir ahí toda la noche? —pregunta una voz que me hace espabilar me de golpe.

La niña está sentada del otro lado del calentador, con el gorro de lana en las manos. Levanta una ceja. Probablemente me veo ridículo tratando de enderezar mi gorra; el elástico se me atora en la oreja.

—¿Cuánto llevas ahí? —le pregunto mientras observo que la ventana del sótano está bien cerrada ahora.

La niña se encoge de hombros y la veo con detenimiento por primera vez. Tiene ojos cafés y su piel es morena clara; su cabello es chino y abundante, apenas controlable. Tal vez es de mi edad, como de doce, aunque como mi edad es algo incierta, es difícil saberlo. Sus ojos son brillantes y su mirada se ve entretenida al ver que la observo.

Trae un abrigo demasiado grande y veo que es una de mis cosas perdidas. Los zapatos sí son suyos, pero es evidente que no son para el invierno y están totalmente empapados. Veo que el fuego está bajando, así que pongo otro leño en el calentador.

—¿Eres una...? —comienzo a decir, pero ella niega con la cabeza, así que lo intento de nuevo—. ¿O tal vez eres una...? —pero se ríe.